

de almas; acaso llegaremos á verle declarado Apóstol de esas futuras cristiandades.

En aquel punto debíamos encontrar un amigo cariñoso y afable que nos prometiera venir á nuestro encuentro, de modo que desde allí principiaron los gritos para anunciarle nuestra llegada. Pero en vano; nadie respondía á la estentórea voz del futuro jesuita, que, falto de espuelas, muy estiradas las piernas, taloneando sin cesar, azuzaba su mula para correr á reunirse con quien, de seguro, estaría esperándonos por allí desde las nueve de la mañana.

No quisimos detenernos en Tlazololapan, ni siquiera á echar un trago que nos diera fuerzas para bajar hasta el fondo de la barranca. Seguimos adelante por un camino pedregoso, tan sensiblemente inclinado, que más de una vez temimos dar en tierra con nuestros cuerpos, y salir por las orejas de nuestros caballos.

Gritábamos con toda la fuerza de nuestros pulmones, llamando al obsequioso y cortés amigo, que por allí estaría en espera nuestra. ¡Qué hermosamente repetían los ecos nuestras voces! ¡Qué sonoro voceó el de aquellas montañas, como el de irritada multitud popular!

Algunas veces, en respuesta á nuestros gritos, contestaban los indígenas y rústicos que labraban las heredades en las cercanas vertientes, con un silbido burlón, ó con ese ahullido particular, agudo y prolon-

gado, propio de montañeses ó gente llanera, que necesitan hacerse oír de quien está á larga distancia. Se creería que imita al chillido de los pepes, pájaros de las regiones cálidas que saben descubrir desde muy lejos al transeunte, aun al través de espeso bosque, y parecen anunciar á los moradores de la selva que un extraño anda por aquellos caminos.

Penoso por extremo era el que nosotros bajábamos, el más duro y cruel de cuantos recorrimos ese día. Se desliza como serpiente por una desviación de la montaña, y termina en el fondo de una barranca, en una rambla arenosa que aun conserva hue-llas del último ciclón. Rocas gigantescas y árboles altísimos declaran que las aguas bajaron por allí con ímpetu tremendo, renovando los horrores del Diluvio.

Entregados á la consideración de aquellos estragos bajábamos hacia la cañada, resignados á la suerte que tan malos pasos nos guardaba, cuando el esperado amigo, un mancebo "charredor" y afable nos salió al encuentro.

Después de los saludos cariñosos, empezamos á tejer entretenida plática, á la cual dieron trama y urdimbre frescas noticias de Pluviosilla, juveniles recuerdos, incidentes del viaje, bromas ligeras y chispeantes, rabieta del futuro guerreador de las huestes de Loyola, el desdén olímpico con que nuestro compañero el poeta,—decidor

andaluz algunas veces y en todas ocasiones ingenioso—decía que miraba aquellas cuestas penosísimas, que en nada le arredraban, pues había recorrido por largos días y en pésimas cabalgaduras, los más atroces y espantables desfiladeros de ambos mundos,—no sé si en los Andes ó por las ásperas cumbres del Simplón,—y también ¡ay! con dulce tristeza memorias de seres queridos que ahora gozan de la celeste patria.

En el fondo de la barranca, bajo la copa de un árbol soberbio, hicimos alto para refrescar con un trago de aguardiente y un sorbo de agua turbia, pedidos á los moradores de cercana choza, que no quedaba ni una gota del célebre y reputado vinillo chichanero,—procedente de ciertos almacenes de Orizaba,—y en vano requerimos la damajuana para que cumpliera en nosotros una obra de misericordia.

¡Adelante con la cruz! ¡Adelante con nuestros míseros cuerpos, con nuestra humanidad maltrecha! En Tlanepaquila nos aguardaban para comer, y dados aquellos caminos, no recorreríamos en dos horas la distancia que nos separaba de la finca.

Quien guste de los paisajes montañosos, que visite esa región. Allí encontrará admirables puntos de vista. No parece sino que allí, sabe Dios cuándo, horrendo cataclismo levantó la tierra, como movida interiormente por un hervor potentísimo,

y que, de pronto, en plena ebullición, todo quedó petrificado. No hay allí un solo valle, y, si le hay, no merece tal nombre por lo exiguo y estrecho: cañadas, cerros, vertientes, montañas que se encaraman unas sobre otras, como ansiosas de dominar las grandes á las chicas: cerros y cerros en caprichosa perspectiva, cimas redondas, picachos agudos, desfiladeros rojizos, y por todas partes una vegetación estupenda, en que se mezclan y confunden las plantas tropicales, los abetos junto á los bananeros, el mamey no lejos del ocote. Aquí y allá, y más allá, y más lejos, ranchos, chozas, platanares, cafetos, rastrojos, un tapiz de mil colores, de mil verdes distintos y diversos, desde el obscuro y subido de los bosques seculares, apenas matizado con el tono alegre de los renuevos de primavera, hasta el amarillento de las milpas y las cañas de azúcar.

A medio día todo reposa adormecido en majestuoso silencio. Es como un mar de simas profundas, como un oleaje de cumbres altísimas, que tiene algo de la inmensidad del Océano, algo de la serenidad del cielo en una noche tropical sembrada de luceros.

Después de medio día, suspirando por la rica manzanilla, con que el señor don Pablo Rodríguez suele recibir á sus huéspedes, á quienes sabe dispensar una hospitalidad verdaderamente castellana, y no

hay que decir arábica, que sería lo más exacto, por aquello del vino vedado á los hijos de Mahoma, y suspirando también por la sopa que nuestros estómagos vacíos pedían muy elocuentemente, avistamos el caserío, término de nuestro viaje.

Allí estaba, en la risueña ladera, como sobre un tapete de felpa sérica, sembrado de magníficas rocas, con sus amplios corredores, con su elegante templo, cuya torre-cilla levanta hasta los cielos gallarda cruz de hierro; mística exaltación del santo lábaro hecha por el arte cristiano, lo mismo en las basílicas y en las catedrales, que en las iglesias campesinas, como para decir al creyente, al peregrino de este valle de lágrimas, que en lo alto está toda esperanza de vida y salud.

Y aquí vienen como de molde unos latines, aunque estas páginas de viaje huelen á sermón: "In hoc signo vinces."

Dos horas después, cansados, molidos de huesos,—y no era para menos,—hacíamos honor á un faisán de aquellos bosques, ricamente condimentado y sazonado con la salsa del buen apetito, que es la mejor de todas las salsas. Apelo, en caso de disputa, al mismísimo Brillat-Savarin.

II

El Domingo de Ramos no hubo misa. El sacerdote que semanalmente viene de Zongolica á celebrar el santo sacrificio no podía dejar su parroquia. Y es lástima: serían por extremo bellas en aquella iglesia perdida en los pliegues de la cordillera la bendición y procesión de las palmas. Convidan á ellas los campos engalanados por la primavera, y siempre enflorados, con sus árboles de frondosas ramas y sus palmeras gemidoras.

A la pompa solemne de su dominica, traerían los naturales y los rancheros de esas comarcas, ramos de mil flores maravillosas, palmas, laureles y ramajes aromáticos. ¡Y qué conmovedora y que pintoresca es una procesión en torno de aquel templo, á la luz espléndida de un día primaveral, mientras el viento trae de los cerros aromas y trinos de pájaros, y repica el campanario en son de fiesta, y suben al cielo límpido y sereno los cánticos litúrgicos.

Nos conformamos con gozar del mercado, admirando rústicas beldades y oyendo hablar por todas partes el idioma de Cuauh-temoc.

Muy contentos y divertidos pasamos los primeros días, siendo objeto de atenciones y obsequios por parte de nuestros hos-

pitalarios y caballerosos amigos, y en espera de varias personas que vendrían á pasar á Tlanepaquila los días santos y del sacerdote que debía celebrar los divinos oficios.

No tuvimos más novedad que un temblor de tierra, un ligero movimiento oscilatorio de E. á W., muy sensible en aquellas alturas y que dió motivo á largas horas de risas y buen humor.

Es el caso que nuestro compañero, el de la incipiente vocación religiosa, tiene á los temblores un miedo singular. Impresionado por el de la víspera, asustado aún y temeroso de otro más fuerte, fué víctima del malévoló ingenio del poeta.

Este, con la facilidad que enhebra versos y estrofas, supo enhebrar el lecho del asustadizo, y después de hablarle de los más célebres terremotos que registra la historia, de las erupciones del Vesubio, de la ruina de Lisboa y de los horrores de Guatemala; tras eruditas disertaciones acerca de los fenómenos sísmicos, tras de citar la carta de Plinio á Tácito, que, por cierto, buenos sudores nos causo en las aulas, cuando menos se lo esperaba nuestro amigo tembló, tembló suavemente tres veces en media hora, y otras tantas el asustadizo mancebo, salió por la ventana de un salto, encomendándose al Señor, entre la mal contenida risa de sus compañeros.

Cortos paseos, largas siestas, sabrosas

pláticas, breves lecturas y dilatadas partidas de ajedrez nos entretuvieron los tres primeros días. El martes, á media mañana, llegó el sacerdote, y por la noche, los amigos esperados, un notario de fácil palabra y luengos bigotes, y un caballero, propietario, todo corrección y mesura, que, desde luego, se mostró temeroso de las diabluras que sabían preparar aquellos compañeros tan poco gravesos, sin que su genial dulzura fuera parte á ocultar los infundados recelos que le traían inquieto. Con su amigo el notario, un joven tan decididor como piadoso, algunos otros que no cuadraban de haraganerías, tomaron por lo serio la santificación de sus almas, se dieron á la oración y al recogimiento, y cuando los divinos oficios terminaban, y no era hora de ir á la mesa ó de pasear por los campos, se dedicaban á rezar como buenos sacerdotes; por la mañana, prima, terciá, sexta y nona, y por la noche vísperas y completas, maitines y laudes.

Menos santo que ellos, más dado á las disipaciones mundanales que al breviario, mientras ellos rezaban, quien esto escribe, se deleitaba con una hermosa novela de Dickens.

¡Dios se lo perdone!

III

A qué cansar á los lectores con narración pormenorizada de cuanto hacíamos y dejábamos de hacer, y concretémonos á las solemnidades religiosas de esos días, que, no por celebrarse en la capilla de una hacienda, estuvieron menos magestuosas que en la ciudad, antes, por el contrario, fueron severas é imponentes.

El rezo llamado de tinieblas, grave, triste, funerario, aquella salmodia monótona que repite los acentos doloridos de Jeremías y llora las desventuras de Jerusalén; aquellos oficios del jueves, á la mitad de los cuales enmudecen las campanas, aquella comunión solemne y la procesión solemne, después de la misa, para depositar la sagrada hostia en espléndido monumento, hablaron elocuentemente á nuestras almas de las eternas promesas y de la divinidad del Cristianismo. No oraban en el recinto de aquel templo grandes y poderosos, ni el lujo ni la vanidad de trajes y personas distraían nuestra mente de los santos misterios; rústicos y labradores, miserables indígenas de pobre vestido y almas sencillas, iban en pos de la procesión, y aquel acto me parecía que decía más de la verdad de la creencia católica, que los discursos de muchos célebres apologistas.

Pero nada como los oficios del viernes; enlutados el altar y el sacerdote, apagadas las candelas, velado el Crucifijo, el ministro postrado al pié del ara. La narración de la gran tragedia del Calvario, de los más grandes misterios de la redención del humano linaje, aquietaba el espíritu y le hace reposar en una dulce y serena contemplación.

En tal día, ora la Iglesia por todos sus hijos; ora por ellos, doblando la rodilla, por el Papa, por todos los órdenes sacerdotales, por los depositarios del poder público, por los catecúmenos, por los navegantes y por todos los atribulados y afligidos; ora también por los herejes y cismáticos, y por los judíos y los gentiles.

Al conmemorar la muerte de Jesucristo, pide grandes mercedes, se postra en tierra y hunde la frente en el polvo, demandando gracias espirituales y temporales; pero al orar por el pueblo judío no se arrodilla, como para manifestar que es patente en la nación deicida el castigo divino. Sin templo ni patria, vaga proscrita por el mundo, perseguida en todo tiempo, odiada en todas partes, purga su perfidia, sin que poder ni riquezas le valgan para vivir en paz y en tierra propia.

Y de los oficios de ese día, nada como la adoración de la Cruz. Descúbrela el sacerdote y la muestra al pueblo, y pobres y ricos, amos y servidores, sabios é ignoran-

tes se acercan á adorarla, mientras el coro canta en tres lenguas, hondas quejas y dolorosa lamentación: "Pueblo mío, ¿qué te he hecho? Te saqué de la servidumbre de Egipto, y me enclavaste en una cruz!"

A fuer de cristianos y de artistas debemos decir que no creemos que haya en el culto católico otra ceremonia más bella y conmovedora, más imponente y más piadosa. No es posible asistir á este acto sin que las lágrimas asomen á los ojos. Toda la religión cristiana está en esa ceremonia. ¡Qué decimos! Toda la vida del cristiano. Creemos ¿y por qué no decirlo? que á cuantos se acercan en ese día á adorar la Cruz, deben ser concedidas por el cielo grandes mercedes. Nosotros no olvidamos en aquel momento á cuantos hemos amado, á cuantos nos amaron y nos aman, y oramos fervientemente por el descanso eterno de nuestros padres.

Y el sábado, ¡qué alegres sonaban las campanas en aquellas serranías! ¡Cómo repetían los ecos el regocijado repique, el tronar de los cohetes, el estallido de las cámaras y los disparos de los morteretes. Fresco viento movía las arboledas y los ecos iban repitiendo de monte en monte la estruendosa salva.

En los primeros días de Pascua, músicos, cabizbajos, como los rancheros que

regresan de "semanasantear," volvimos por Coetzala, Cuichapa y Córdoba, á la turrída Pluviosilla, y á nuestra casa, ahora entristecida por desgracias recientes y profundos dolores.

Y hoy, desde aquí, desde el humilde cuarto de trabajo donde rendimos culto ferviente á la Belleza y al Arte, teniendo al lado los nuevos libros que el cartero acaba de traer, oyendo el canto regocijado de un pajarillo de aquellos montes de Tlanepaquila, que Dios bendiga, al dar término á estas páginas sin color ni aliño, enviamos cariñoso saludo á nuestros amigos de allá, deseando que les sean gratas y entreteni las á la hora del crepúsculo, cuando el astro rey dora las cimas con melancólicos ravos, mugen por las pendientes los ganados que vienen al abrevadero, y la campana, con voz devota y pausada, convoca á la oración.

